

Un paso adelante, tres pasos atrás

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

A menudo los análisis políticos olvidan una premisa elemental a la hora de valorar la situación en un sistema democrático al dar por sentada una determinada tendencia electoral. Así la discusión que todos los políticos y comentaristas hemos mantenido a lo largo de veinte días de campaña electoral en torno a la oportunidad o no de una política de centro-izquierda, partiendo siempre de que las expectativas gubernamentales del PSOE eran algo más que simples expectativas, ha sido resuelta en un rotundo sentido negativo por la mayoría del electorado de nuestro país. Aquí, no hay que darles vueltas ni buscar pretextos, la mayor parte del pueblo español se ha pronunciado en favor de una política de derechas.

Era evidente que lo que se ventilaba en esta ocasión ante las urnas no se trataba de una pura elección gubernamental. Muy al contrario, se trataba de saber si la consolidación de la democracia iba a ser dirigida por un pacto entre la derecha y la izquierda o, sencillamente, por la derecha sola. El resultado electoral no deja ningún lugar para la duda: esta operación consolidatoria —desarrollo de cincuenta leyes orgánicas, reforma de la Administración y plan económico— va a tener un carácter unilateral, puesto que la izquierda sólo va a poder hacerse escuchar en el Parlamento sin tener la más mínima capacidad de decisión sobre estos tres temas cruciales.

De un modo mucho más gráfico, cabe decir que el paso adelante dado en el desarrollo del proceso democrático —realización de las elecciones legislativas— precede a los tres pasos atrás realizados con los resultados de esta convocatoria electoral: uno de tipo político, el desarrollo no consensuado, sino abiertamente derechista, de un texto constitucional ya de naturaleza bastante escorado a la derecha; otro de carácter socioeconómico, el incumplimiento más radical de cuanto hasta ahora no se había cumplido de los pactos de la Moncloa, y un tercero de orden administrativo al descartarse ya de inmediato la democratización y modernización de la Administración pública. Es decir, estamos delante del triunfo más rotundo de la operación reformista que pretendía organizar la salida de la dictadura con el

menor coste posible para el bloque hegemónico. El ciclo de este proceso reformista, que ha corrido un serio peligro estos dos últimos años en virtud de sus propias contradicciones internas, acaba de cerrarse este primero de marzo con su más definitiva consolidación.

La recomposición política de la derecha

Fruto de esta victoria política es el total descalabro de Coalición Democrática. Este "cementerio de elefantes de la derecha" no va a poder ni siquiera rentabilizar políticamente el triunfo de una opción de derechas —que era lo que ellos preconizaban—, porque, una vez más en su vida, se les ha cruzado ese magnífico ju-

—salvo la fascista— bajo las siglas gubernamentales. Porque este traspaso electoral que ha hecho perder a Coalición Democrática casi la mitad de los escaños de Alianza Popular sólo se traduce en un escaño más para UCD con relación a los resultados del 15 de junio. En síntesis, hoy UCD es la suma de la mayor parte de su electorado más el 50 por 100 de la desaparecida Alianza Popular. Lo que significa que el pacto centro-derecha se ha hecho por debajo, en lugar de por la cúspide, en claro beneficio de Adolfo Suárez.

Lo que ya era mucho más controvertible es que esta recomposición fuese a ser dirigida por los "azules", como lo va a ser en virtud de este tácito "gobierno de centro-derecha" que han formado las bases electorales de AP y UCD. Fruto de él va a ser también la definitiva consolidación

saber cómo afectará esta recomposición a hombres como Fernández Ordóñez y García Díez, dado la nueva situación que se va a crear en el seno de UCD como consecuencia de estos resultados. Porque con bastante probabilidad los flecos socialdemócratas con los que ha venido presentándose en la sociedad el partido gubernamental desde hace unos meses van a ser sustancialmente afeitados. La formación del nuevo Gabinete monocolor, y sobre todo el lugar que en él ocupe el ex ministro de Hacienda, será el mejor síntoma para conocer el ritmo y alcance de estos recortes políticos o —mejor dicho, porque ahí reside el problema— socioeconómicos. Porque vamos a tener un Gobierno de centro-derecha, solo que sin la presencia gubernamental de los líderes de la coalición neofranquista. En vez de Suárez más Fraga, Arellano y Osorio, Suárez más el programa y el electorado de Coalición Democrática, pero sin la incómoda presencia de estos tres políticos.

El estancamiento de la izquierda

Pero los principales afectados de esta victoria de la derecha no se encuentran en el interior del partido vencedor. Son los dos partidos de la izquierda parlamentaria, por una y otra razón, los que experimentan las consecuencias de este desastre político, porque, electoralmente hablando, tanto PSOE como PCE avanzan en muy pocos escaños. Puesto que los resultados son básicamente idénticos a los del 15 de junio.

Sin ninguna duda, el principal perjudicado es quien tiene muchísimo más peso electoral y responsabilidad política. El PSOE, al no corresponder ni mínimamente a las expectativas electorales que había levantado, es el gran derrotado del primero de marzo. Prueba evidente de esto es que, a pesar de mantenerse sustancialmente con los mismos escaños del 15 de junio, ha visto erosionada su ofensiva por la abstención, por un grave y duro revés electoral en Euskadi y por la ruptura de la unidad socialista, conseguida a primeros de mayo del pasado año, en Andalucía.

Al no haber denunciado la política autonómica del Gobierno



Lo más preocupante para el conjunto de la izquierda es que el estancamiento socialista no es compensado con ningún importante avance comunista. (Carrillo, Tamames, Camacho y Azcárate, entre otros, siguen en la pantalla los resultados electorales.)

gador político que es Adolfo Suárez. Al igual que se apropió del centrismo y del reformismo acaba de apropiarse de una política de derechas dejando en las dos ocasiones pasar el balón sin dejar pasar al jugador.

Como era perceptible desde hacía algún tiempo, la recomposición política de la derecha empieza a pasar a través de Unión de Centro Democrático. El traspaso de parte del electorado de Alianza Popular, que ha compensado las pérdidas de UCD por la abstención o emigración hacia el PSOE, prefigura la próxima reunificación de toda la derecha

de los "azules" como sector hegemónico entre el personal político de la derecha, puesto que, además, este triunfo va a reforzar sus numerosas posiciones de fuerza en el aparato de Estado al haber logrado evitar la democratización, modernización y saneamiento de estos aparatos estatales. Y con esta victoria UCD va a consolidarse definitivamente como un partido-Administración o como un colectivo político tan ensamblado con el aparato del Estado que no se sepa bien dónde comienza uno y acaba el otro.

La incógnita, sobre todo después del 15 de junio, reside en



El PSOE, al no corresponder ni mínimamente a las expectativas electorales que había levantado, es el gran derrotado del primero de marzo. (Felipe González y Tierno Galván, en la sede del partido la noche de las elecciones.)

en virtud del consenso, y al hacerse corresponsable de ésta por su silencio en los descafeinados gobiernos preautonómicos, paga hoy un duro precio por haber abonado el campo para la propaganda electoral demagógica de los partidos de carácter regionalista o nacionalista. Por encima de la verosimilitud o inverosimilitud de los rumores que hablan sobre una supuesta financiación del PSA por parte de UCD, o de contactos reales entre sus líderes y Rafael Arias Salgado —en el aparato de UCD trabajan hombres que anteriormente lo hicieron en el PSA—, lo cierto es que sin un vacío político no hay nadie que consiga cinco escaños; luego el problema no está en la financiación, y si no que se lo preguntan a Coalición Democrática.

Pero lo más grave para el PSOE no son esos escaños que pierde en Andalucía —al fin y al cabo continúa siendo la primera fuerza política andaluza al contar con 45 parlamentarios, mientras que UCD cuenta con 37, el PCE con 7 y el PSA con cinco—, sino al grave retroceso político que dan en relación con la unidad socialista. De nuevo volvemos a estar como hace más de un año con dos grupos parlamentarios

socialistas en el Congreso y con dos organizaciones políticas que se reclaman del socialismo. Este paso atrás es con seguridad el más grave contratiempo electoral para el PSOE. En este sentido, la unidad socialista no ha producido, sino todo lo contrario, ningún efecto multiplicador. Y buena prueba de ello son los resultados de Madrid donde no ha conseguido superar a UCD con lo que de amenazador encierra este dato para las próximas elecciones municipales.

Sin embargo, lo que todavía es más preocupante para el conjunto de la izquierda, este estancamiento socialista no es compensado con ningún importante avance comunista. Fuera de tres escaños, que ya estuvieron casi a punto de alcanzar el 15 de junio, el aumento de votos populares no han tenido la suficiente entidad como para poder traducirse en algunos escaños más. Fuera de un importante objetivo político implícito en toda la campaña electoral, detener el avance socialista, que han conseguido más por errores ajenos que por méritos propios, el PCE experimenta igualmente dos claras derrotas políticas en estos comicios electorales legislativos. Por un lado,

el fracaso de la Entesa en Cataluña con el triunfo de las candidaturas socialistas al Senado y, por otro lado, la no rentabilización política de unas listas electorales repletas de líderes sindicales de Comisiones Obreras. Ahora, como en 1977, alrededor de un 60 por 100 de CC. OO. ha dado su voto político al PSOE y ha doblado su voto sindical a los comunistas con su voto político a los socialistas. Índice bastante elocuente es que ni siquiera Nicolás Sartorius parece haber conseguido un escaño en Madrid, ciudad donde CC. OO. derrotó ampliamente a UGT en las pasadas elecciones sindicales, que prácticamente se daba por contado. Constatación ciertamente preocupante para los comunistas puesto que si UGT vota PSOE no sucede lo mismo con más de la mitad de CC. OO. Y ello después de una campaña electoral claramente dirigida a denunciar a la base de CC. OO. el supuesto carácter burgués y antiobrero de la dirección socialista.

Así, el balance es tan desastroso para la izquierda que más de uno se interrogará sobre la oportunidad de estas elecciones. Pregunta profundamente errónea, aparte razones de principio, puesto que la izquierda tenía que dar la batalla política para estar presente en la dirección de las tareas de la consolidación de la democracia. Y el único camino, si no se quería seguir siendo mera cobertura de una política de derechas, era el de intentar variar la correlación de fuerzas mediante el voto popular. No haberlo hecho hubiese sido dar por perdida la batalla de antemano.

La trampa del Gobierno de coalición

En estas condiciones y circunstancias, el país parece con-

denado a continuar su profunda inestabilidad política y económica por cuatro años más. Al estar de nuevo en la misma situación que antes del 1 de marzo, un Gobierno monocolor y minoritario con el acuerdo de una u otra minoría parlamentaria, la consolidación de la democracia aparece ahora como difícilmente complicada.

Unas leyes orgánicas constitucionales unilaterales, un plan económico antiobrero y antipopular y la permanencia de la Administración y aparato estatal franquista no son ciertamente puntos de apoyo de un sistema democrático. Esto es lo que parece desconocer quienes desde la izquierda aceptan la derrota electoral con tranquilidad, pensando entrar en un juego democrático normal en el que se clarifique y perfile una oposición de izquierda, o quienes para evitar sus graves consecuencias al máximo prefieren entrar en un Gobierno de coalición con UCD veinticuatro horas después de que lo hayan estado denunciando.

Precisamente, las especiales características de nuestro proceso político, a caballo entre una fase constituyente y una fase consolidada, que hubieran aconsejado el Gobierno de coalición desde una equiparación en la correlación de fuerzas entre UCD y PSOE, desaconsejan esta fórmula después del 1 de marzo, puesto que sería una auténtica trampa para la izquierda, dada la diferencia entre los dos grandes. En la primera posibilidad se trataba de estar presente de cara a condicionar eficazmente las tareas de la consolidación de la democracia; en la segunda se trataría de ser la cobertura de izquierda de unas leyes orgánicas de derechas, un plan económico antipopular y el mantenimiento de la administración del viejo régimen. Es decir, se produciría la misma situación que se preveía si el PSOE hubiese entrado antes de las elecciones generales en un Gobierno de coalición con la UCD.

De ahí que la izquierda tenga que optar por el camino intermedio del ejercicio de una oposición crítica que no sea radical como la que debería producirse en una democracia consolidada ni colaboracionista como la que se produjo lógicamente en el proceso constituyente. Y ello con la clara constatación de que los próximos cuatro años no van a ser nada fáciles para la consolidación de la democracia, porque el pueblo español ha elegido por mayoría democrática el peor de los caminos posibles. ■

